

Sin embargo, cómo ha de ser posible entrar en combate en un campo ya abandonado por tan famosos *beligantes*. El primer *champion*, un jovencito Fernán Pérez, fué el primero en romper las hostilidades, y gracias á su talento y á los fuegos tan seguidos de sus ametralladoras, logró arrazar con la vanguardia toda del enemigo, y he aquí que en lo más encarnizado de la lucha, cuando ya casi se preparaba á gozar del rico botín de la victoria le salen al encuentro *dos esdrújulos* adalides y lo declaran en fuga y aquellos se adueñan del soñado y rico botín y provocan la presencia de los circunstantes á lo que contesta cortesmente un *tercero en discordia*, el apreciable redactor de "La Prensa Libre;" pero no contaba con la huésped, detras viníamos nosotros al son de los clarines guerreros. ¿Y qué?

Que aún no es tiempo de dar á la compañía "López-Ochoa" el golpe de gracia. Su mala estrella quiso que inaugurara sus representaciones con un tanto de frialdad, sin duda los cansancios del viaje, las primeras impresiones talvez no muy alagüeñas, la confianza en la benevolencia de nuestro público, etc. etc., todo esto probablemente influyó en el ánimo de los artistas para dejar mucho que desear en sus primeras representaciones; la cosa varió de especie y ultimamente se deja ver la general satisfacción con que el público premia los trabajos de los actores.

El primero de ellos el señor López Ochoa sabe interpretar á nuestro juicio, sus papeles, si bien la voz le falta aunque á veces el entusiasmo le sobra, pero en la representación de algunos de sus dramas fuertes cuya ejecución necesita de un entusiasmo hasta afectado, á juzgar por otros actores, nos ha parecido que el señor Ochoa ha estado feliz.

Creemos que la señora de Ochoa también es una buena artista y salvando algunos defectillos que ella se ha servido corregir atendiendo las indicaciones de un cronista crítico, adquiere progresivamente más simpatías entre nosotros.

Los demás actores han correspondido á la ejecución de sus papeles; entre ellos se notan algunos que realmente adelantan, y aunque no tenemos el gusto de conocerlos, no logramos distinguirlos, nos parece que se puede sacar de ellos mucho provecho para en lo futuro.

En cuanto al señor Alba no nos queda mucho que decir pues desde la primer vez que estuvo en Costa Rica lo hemos considerado, en su género, un cómico muy aventajado.

La característica, señora de Alba, no ha dejado de obtener también sus buenos aplausos y bien merecidos por los esfuerzos que ha empeñado por interpretar bien sus papeles.

El bailarín, señor Martínez, es bastante hábil y ha cosechado sabrosas palmadas que ha tenido que pagar bien caro con repeticiones:

Hasta ahí, aunque á grandes rasgos, nos detendremos en lo que se refiere al personal de la compañía, que si pasamos á examinar otros asuntos relacionados con las representaciones nos hallamos muy por debajo de lo que debiéramos ser.

Se nota en algunos sujetos y más que todo en personas de *alta categoría* la tendencia á demostrar poca cultura y poco sespeto á las señoritas, señoras y demás concurrentes. Muy impropio nos parece aquello de imitar á las cigarras con el vulgar silvido con que se apresuran á callar á los que entusiastas aplauden á los actores en un pasaje de sensación; no sabemos si esto sea una costumbre importada de Guatemala por algún regenerador de nuestros antiguos hábitos de respeto, pero aunque así sea la ocurrencia nos parece de muy mal tono. Para no atentar á la libertad que cada cual tiene de aprobar ó desaprobar, ninguno está autorizado para callar á los demás, sino que quien aprueba, aplaude y quien no aprueba bastante hace con permanecer quieto pero no se le puede exigir otra cosa; así entendemos á giestro humilde modo la buena educación.

Cosa semejante aconteció en las sesiones últimas del Congreso, cuando se discutía el asunto Banco de la Unión, y por cierto que no honra, mucho tales proceder en aquellos que pretenden llevarse la palma en puestos sociales.

La costumbre antigua de repicar en el piso del teatro con bastones y taconear con furor si el telón no se levanta pronto, demuestra además de mucha ligereza de carácter un grado muy bajo de rose social, á esto se agrega el compas que algunos llaman "otro toro" y los que toman parte en esas manifestaciones no semejan sino muchachos de escuela.

El teatro es una escuela, más para frecuentar debidamente esa escuela hacen falta otras que nos preparen para que todos podamos aprovecharnos bien de su enseñanza.

Si pasamos á la cantina del teatro, nos encontraremos con que este es el lugar que menos derecho tiene para estar dentro del teatro, aunque pague por derechos en cada función treinta pesos.

Aquella cantina es una verdadera calamidad teatral; no hay desorden, ni bulla, ni caída de mesas y estruendo de cristalería que no tenga la ocurrencia de ocurrir durante la representación. Los sirvientes que aprovechan la escapada del amo, arman alboroto á lo mejor de un drama y cuando menos hemos visto ha sido una mesa que se quiebra porque no puede soportar media docena de aquellas humanidades cuando se sueltan al retozo.

Hemos tomado datos sobre las disposiciones que tienen los teatros de los Estados Unidos, Inglaterra y otros, y se nos asegura que en ninguno de esos puntos existen tales privilegios de cantinas dentro de un edificio destinado para teatro. Ojalá se piense en esto.

En cuanto á la flotante nube de

humo de tabaco que constantemente se mantiene en las capas superiores del teatro, no podemos decir que sea ocasionada en manera alguna por una costumbre tolerada; al contrario la policía pudo evitar esto desde la primer noche y ya estuviéramos completamente cuidados de semejante mal pero la poca energía de los llamados á velar por el orden cedió y continuamos en el mismo lamentable estado.

¿Y qué diremos de la ausencia de policía? que es muy lastimoso ver la puerta de un teatro sin dos *verdaderos* policías. Las consecuencias las tuvimos en la noche del domingo 19 del corriente. Una turba de muchachos á la entrada del teatro se enseñoreaba con su insolencia en impedir la salida á los que buscaban aire fresco y saludable, y esto por la sola falta de un policía, mientras que el muy digno señor Primer Comandante interrogaba con mirada lánguida los rostros de todos como esperando una contestación á tan complicado problema de autoridad. Realmente, nos parece que el señor Comandante Primero de Policía, en asuntos difíciles, no tiene ni el más ligero rayo de iniciativa para salvar dificultades tan poco dificultosas.

Deseamos que nuestro amigo don Tomás García se indemnice pronto de las cuantiosas sumas que ha invertido en la edificación del teatro actual y tenemos que agradecerle tantos esfuerzos por proporcionar nos un lugar de agradable reunión. Por supuesto que nosotros somos de los más puntuales... en criticar, y con razón.

"EL MEDICO PRACTICO". Tal es el nombre de un libro que se ofrece en venta al público en estos días, y que á juzgar por los informes que de él han dado los mas respetables y afamados médicos de Costa Rica, debe rechazarse energicamente como se rechaza todo aquello que es nocivo para la salud de un país.

Privadamente hemos oído las opiniones de algunos médicos que practican con éxito bastante, desde hace mas de doce ó quince años en este país, y se nos ha asegurado que los consejos de "El Médico Práctico" son una ruina inminente en manos de cualquiera persona que no tenga un poco de fuerza de voluntad para resistir á ellos; un alucinamiento es muy posible cuando se trata de un medro encubierto con capa de buena fé.

Tal sucederá á los que lean "El Médico Práctico," se considerarán hechos unos verdaderos doctores en medicina y al primer caso que se les presente, para un dolor de estómago, para una inflamación en la garganta, para un mareo, etc., etc., dos, tres ó cinco granos de morfina serán el santo remedio para enviarlos á la otra vida.

¿Y ese es el gran triunfo sobre la ciencia, y sobre los facultativos que al decir de algunos, explotan á las buenas gentes! ¡Magnífico! El gran triunfo será en verdad,

para los señores agentes viajeros del susodicho libro, quienes tratan una gran lista de suscritores, ó de personas que les han tomado un ejemplar, talvez por curiosidad ó por el deseo de amontonar un tomo mas á su museo de libros, y luego aseguran, á los que no entienden el idioma de los *yankees* que aquellos suscritores, son afamados médicos que certifican ser el libro un *gran libro*, y según parece en realidad es un *libro muy grande*.

Deber de todo periodista es vigilar porque no se engañe á las masas, y hoy nosotros suplicamos á los estimables redactores de Periódicos de esta capital se sirvan pedir sus informes á médicos como los señores Doctores Durán, Núñez, Calnek, Gustiniani, Ulloa, Valverde; y todo losdemás, y dar oídos á sus indicaciones, que nacidas de la experiencia de muchos años de fatigas y luchas con las enfermedades peculiares de nuestro suelo, son más dignas de fe que las palabras de comerciantes, mejor especuladores que charlan por que necesitan de ello.

Demcs el ejemplo, y no nos dejemos embacar que ya va pasando el tiempo de los tontos, tiempos que por desgracia hemos pagado muy caro.

Sección humorística.

Si, señores, la vida es corta; pero no hay que tomar al pié de la letra aquello de que solo nos llevamos lo que hayamos comido... No; yo prefiero reir á comer y yo creeré que me llevo lo *reido*. Es por esto que yo, pobre periodiquito artesano voy á limpiarme toda una sección de tanta cosa engorrosa como me hace decir mi querido Redactor, y voy á decir lo que á mí me dé la gana y lo que les dé el gusto á todos aquellos amigos de humor festivo; y el Redactor se aguanta ó me declaro en huelga, me revuelvo me arrugo, y ni Chepito Porras será capaz de estampar sobre mí una sola letra.

Conste pues, que por mí y ante mí, quiera ó no quiera el Redactor, brinque ó salte Camacho, se horrorice ó no se horrorice Troncoso, abro desde hoy una sección festiva... y... como decía el periódico del *Túrnio*: tragicómico burlesco—focoso sentimental—y á propósito de *Túrnio*, el día que al abejón ese le plazca mandarme algo conque reirme se lo estimaré, pero solo lo quiero en lo humorístico, en lo demás... ni esta!.....

Ahora bien, como yo no tengo espejo para verme las muecas que haga ni tengo obligación de ser archibo, diré lo mio y lo ageno. Cuando esté bien humorado pues haré fotografiar á Chentillo bailando can-can y recrearé ó no recrearé con mi cacumen á los lectores y cuando no halle que decir, pues señor, la cosa es sencillísima, digo... lo ageno y en paz! y como para hacer muecas no hay privilegios ni patentes allá se irá todo.

Y á propósito: ¿que diferencia hay entre una carreta y un aboga-